



PENUMBRA

Pello Lizarralde

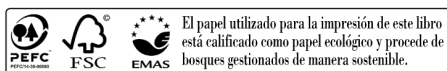
erein

NARRATIVA

PENUMBRA

erein

NARRATIVA · 48



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Marzo de 2023

Diseño de cubierta e interior:

Iturri

Imagen de cubierta:

José Ignacio Agorreta

Maquetación:

Erein

© Pello Lizarralde

© de la traducción: Gerardo Markuleta

© EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-870-6

D.L.: D 113-2023





EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

Pello Lizarralde

PENUMBRA

Premio Euskadi de Literatura 2021

Traducción de Gerardo Markuleta

erein

NARRATIVA

En cuanto salió al atrio, se le llenó la cara de salpicaduras saladas. El acomodador levantó instintivamente su mano para secarse la frente y los párpados. Luego fijó su mirada en la franja rojiza del horizonte que asomaba sobre el pretil del paseo marítimo. No se movió en absoluto hasta que las olas comenzaron a mojar el pretil. Entonces parpadeó y, con los brazos en jarras, se giró hacia la izquierda.

A unos cien metros distinguió la sombra del proyccionista, que avanzaba por la acera contigua a los chalés. Desde encima de la puerta, la luz de neón teñía de azul parte del cuerpo del acomodador. El letrero rezaba *Atlantic Cinema*, y la letra *c* parpadeaba. Aquella pálida luz apenas coloreaba las losas del vestíbulo, y se reflejaba en la vitrina que había a un lado de la taquilla. Dentro de la vitrina había dos carteles. En el de la izquierda, la caricatura de un avión anudado que pretendía aterrizar y, sobre la pista, el título de la película: *Airplane*. El de la derecha lo llenaban casi por completo el rostro de una mujer y su angelical cabello rubio. Sobre su cabeza aparecía escrito *Xanadú*.

Nada más entrar al vestíbulo del cine, el acomodador se dirigió hacia la derecha, hasta una habitación que hacía las veces de vestuario y almacén y, tras abrir el tablero de luces, accionó tres interruptores negros. Salió de allí y, por la escalera contigua, subió hasta la cabina de proyección. La luz del estrecho pasillo superior le fue suficiente para comprobar que el proyeccionista lo había dejado todo recogido. Las luces estaban apagadas, y las bobinas guardadas dentro de dos sacos. Bajó hasta la taquilla y abrió el ancho cajón central. Los billetes recaudados con la venta de las entradas estaban metidos en un sobre, y las monedas en una bolsa de plástico.

De vuelta al almacén, el acomodador se dispuso a vaciar los bolsillos de su chaqueta gris. Colocó sobre una pequeña mesa lo que se había encontrado entre las butacas de la sala: media docena de monedas de peseta y de duro, dos bolsas de caramelos medio llenas, un peine de bolsillo y un juego de llaves. Dejó el peine y las llaves en un armario de metal, y atravesó el pasillo para acercarse al cuarto de baño. Abrió la puerta, pero no entró, y atendió al interior unos instantes. Como no percibió más sonido que el de un goteo y el del escape de una cisterna, volvió a dirigirse al vestíbulo.

La puerta principal estaba completamente abierta, y el húmedo viento marino hinchaba las cortinas de la entrada del cine. El acomodador se quedó mirando el interior de la sala oscura. De entre las butacas de madera le llegaron unos leves crujidos. Cuando corrió las cortinas y cerró la puerta, la luz amarilla de las farolas del paseo, recién encendidas, se reflejó en las ventanas de madera, redondas y de dos hojas.

Con las llaves en la mano, el acomodador se aproximó a la pared cercana a la taquilla con la intención de apagar las luces de la entrada. Caminó hasta la puerta en completa oscuridad, separó dos llaves y cerró la puerta principal. Ya en la calle, dio sus primeros pasos mirando al cielo. Se veían pocas estrellas, y las que había duraban poco tiempo ante sus ojos. De un solar arenoso que había entre los chalés se elevaba el canto de un grillo.

19 de septiembre de 1982

Sé muy bien a qué he venido. En vano iba a ponerme a inventar lo que no ha pasado. No me costaría mucho buscar excusas. Podría decir que no fue a mí a quien se le ocurrió, que fue el hijo de Alfonso el que, sin pedírmelo directamente, me presionó y me empujó a ello... Eso, y otras cosas por el estilo.

Pero no es cierto. Iñaki no tiene ni la edad ni la autoridad necesaria para forzarme, ni nada parecido. Acaba de empezar a dirigir lo que le dejó su padre, y no tiene ni idea. Habrá hecho los estudios de economía, pero no tiene lo que se necesita para llevar una empresa como esta. No sabe lo que es el respeto, y enseguida me di cuenta de que tampoco tiene ningún escrúpulo. Lo que hace bien son las cuentas, que para eso ha estudiado.

Yo tampoco soy malo en esa tarea, y cuando vino a traerme, ya acabado, el balance del verano, apenas le hice frente. Pero pronto tuve que callarme. Lo traía todo muy

bien preparado, y era difícil rebatirle. Además, para colmo, sacó una gran carpeta para mostrarme las cuentas de los últimos tres años. Me las explicó con todo detalle, y estaban más que claras. No le dejé terminar. Y es que me pareció que, además de dejar las cosas en su sitio, quería, de paso, darme a entender, aunque fuera veladamente, que no había hecho mi trabajo como era debido.

No tenía razón, por supuesto, y enseguida me di cuenta de que nada podía hacer para convencerle de lo contrario. Lo que él comparaba eran resultados, y no iba a ver otra cosa. Habría sido inútil decir que ganar menos no significaba tener pérdidas. Las curvas eran descendentes, y se acabó.

Le miré a los ojos, y decidí quedarme callado. Agitó los brazos, nervioso. Quería obligarle a decir algo, y finalmente lo dijo: Hay que hacer algo, Ramón, las cosas no pueden seguir así.

No le ayudé a continuar, no quería facilitarle el trabajo. Me dijo que debíamos analizar lo que teníamos, ver cómo estaban las salas de los pueblos y qué hacían los trabajadores de cada cine.

En boca de cualquier otro, aquello era como no decir nada, pero, tras ver lo que me había mostrado, era fácil deducir lo que callaba. Entonces, sin pensármelo dos veces, le dije que yo me ocuparía, que me dejara a mí, y que en unos diez días le diría algo.

Se quedó conforme, en cierta medida parecía al menos un poco aliviado. Le dije que empezaría el lunes, y que me bastaría una semana para terminar aquel trabajo de inspección. Y aquí estoy, dispuesto a cumplir lo que le prometí.

Aún me cuesta trabajo creerlo, no sé qué me llevó a dar este paso. Recién tomada la decisión, pensaba que podía hacer algo en favor de la gente de la empresa, que podía actuar con más justicia que aquel joven. Ahora me doy cuenta de que tampoco mi vanidad es corta. Pensándolo bien, ¿en qué soy yo mejor que ese Iñaki?

He empezado a pensar que lo hago por mí mismo. Necesito moverme, aunque no sé hacia dónde. Solo yo sé cómo las he pasado desde que murió Maritxu. Entre tanto, lo que me ha dado valor ha sido el hecho de seguir trabajando. Y no ha sido fácil mantenerme en la decisión que tomé hace ahora tres años. Incluso mis amigos me han perdido el respeto y me toman el pelo. Y a la hora de dar la tabarra, la peor es mi hija. Padre, es ahora cuando deberías disfrutar, me dice, casi cada vez que me visita. Parece que me ve decaído y, aunque me lo dice con la mejor intención, tendría que reparar también en otras cosas y pensar lo que saco de esta ocupación de siempre.

En casa no tengo ningún quehacer desde que mi hija me trajo a una mujer para ayudarme. A menudo como fuera de casa. En la oficina descanso. Aquí no suelo estar mirando el reloj, nadie me apremia, y paso solo la mayor parte de las horas. De vez en cuando aparecen los trabajadores que tenemos en esta ciudad, dejan lo que tienen que dejar, y se marchan.

Siempre me ha gustado la rutina, me ayuda, todo se sobrelleva con más facilidad. Por eso siento una especie de miedo al venir hasta aquí. No se trata solo de la labor que me he impuesto, diría que me lo provoca el simple hecho de salir de casa.

Aunque no sé con seguridad de qué me va a servir, he decidido recoger por escrito lo que pase estos días. Mover la mano, sin más, me ayuda a aquietar este temblor desconocido. Desde que estuve en el colegio no he escrito una frase detrás de otra, los libros de contabilidad no admiten tal cosa, y en nuestra casa hasta las felicitaciones de Navidad las escribía Maritxu.

Cualquier otro se moriría de la risa al comprobar lo corto que es el itinerario que me espera. Aunque parezca mentira, en los treinta años que he trabajado en esta empresa no he conocido más que cuatro salas, esto es, las de nuestra ciudad. A partir de mañana tendré que visitar cinco, y empezaré por la que tenemos en la costa.

Hace años que no estaba tan cerca del mar. La última vez vine con Maritxu. Ya para entonces estaba enferma, y recuerdo que fuimos a pasar el domingo. El hotel de hoy está cerca de la playa. He cenado y he subido directamente a mi habitación. Es un lugar sencillo y limpio. Desde aquí solo se ve el trozo de mar que alumbran los focos de la entrada, pero el olor y el sonido se meten muy adentro. Maritxu decía que a la orilla del mar se duerme como un tronco. Si es así, no me vendrá nada mal.

Menos mal que he venido temprano. Veinte minutos antes ya estaba aquí, aunque nos habíamos citado a las once de la mañana. La mujer de la limpieza no había aparecido, y todo estaba tal como yo lo había dejado la víspera. Por eso he decidido dejar abiertas de par en par las puertas de la entrada y

de la sala. Afuera hacía una temperatura agradable y soplaba una leve brisa. Pero eso no suele ser suficiente para ventilar el interior, y me he dirigido al almacén en busca del líquido verde para perfumar el aire, y rociarlo por el patio de butacas. Yo ya no percibo el perfume, pero quienes vienen de fuera lo agradecen, dicen que es agradable.

Luego he salido hasta la acera. No he tenido que esperar ni un par de minutos. Aunque nunca lo había visto, en cuanto le he echado la vista encima he pensado que debía de ser el gerente. Se acercaba por la zona de los chalés, a pie y a toda prisa. Me he sorprendido, porque yo esperaba un coche. Luego he sabido que se alojaba cerca de la playa.

Cuando estaba a unos diez metros de mí, se ha fijado en el nombre del cine y, cuando ha girado un poco la cabeza, el sol se ha reflejado en sus gafas y lo ha cegado por un instante. Seguidamente, cuando se me ha acercado y ha pronunciado mi nombre en tono interrogativo, me ha tendido su mano y, nada más soltar la mía, me ha hecho saber su nombre y apellido.

No ha sido un apretón de manos muy enérgico. En ese preciso momento he podido percibir su olor; acababa de afeitarse, y diría que se había aplicado también una colonia suave. Le he preguntado por su viaje, y me ha dicho que había sido corto y agradable, sin darme más detalles. Mirando al mar, hemos intercambiado unas palabras sobre el buen tiempo. Entonces he tenido ocasión de fijarme en el aspecto del gerente.

No esperaba que fuera un hombre joven, pero me ha sorprendido comprobar que tendría unos setenta años; que debería, sin duda, estar jubilado. Tiene buen aspecto, de

todas formas. Lo que su espalda curvada y sus ojos cansados tras las gafas le restaban, lo compensaba en parte la elegancia de su vestimenta. Discreta, en cualquier caso: traje azul de verano, corbata granate y zapatos de rejilla.

Enseguida ha hecho un gesto de impaciencia. Cuando se ha llevado una mano a la sien y se ha tocado el pelo canoso, lo he invitado a entrar al cine. Se ha quedado un instante en el vestíbulo, sin saber por dónde entrar. Antes de ir a ningún sitio, le he advertido de que la mujer de la limpieza no había venido y de que la sala estaba sin adecentar.

Le he mostrado la taquilla y el almacén. Los ha observado desde el umbral, sin decir palabra. Ha asentido con un gesto al oír mis explicaciones. Lo mismo, cuando hemos subido a la cabina de proyección. Le he enseñado también dónde estaban los baños, pero no ha hecho amago de acercarse a ellos. Estaba claro que quería ir directamente a la sala.

Se ha detenido en el pasillo central, para mirar las butacas, las paredes y el techo. Tenía una mano en el bolsillo del traje, del que salía un leve sonido. Enseguida me he dado cuenta de que estaba pulsando sin parar el mecanismo de sacar y meter la punta de su bolígrafo. Luego ha dado algunos pasos sala abajo, mirando a ambos lados, despacio, sin hacerme ningún caso. Al llegar a la primera fila, ha alzado la cabeza hacia la pantalla. Cuando, a la derecha, ha visto las escaleras para subir al escenario, ha mirado hacia atrás, hacia donde yo estaba, como si necesitara permiso. Me he movido deprisa y, cuando hemos empezado a subir, yo por delante, le he dicho que tuviera cuidado. Hemos pasado a la zona de atrás por el pequeño espacio que deja libre la pantalla. Entonces me he

avergonzado un poco, porque, aunque hacía tiempo que no aparecía por allí, sabía que no había nada digno de enseñarse.

Bajo la penumbra que la pantalla imponía, el gerente ha dirigido breves ojeadas, primero a las butacas rotas allí abandonadas, luego a las telas llenas de polvo tiradas en el suelo y, por fin, a las escobas y otros trastos dejados allí por la limpiadora. En ese rato no ha dicho ni palabra. Hemos bajado por el mismo camino y, cuando hemos enfilado la pendiente de la sala, me he dado cuenta de que el gerente iba más rápido, con la cabeza gacha.

Al llegar al vestíbulo me ha dicho que tenía que ir al baño. He apagado las luces de los cuartos y me he quedado esperando. Ha tardado tres o cuatro minutos. Cuando ha salido del baño, ha hecho un gesto hacia la calle. Hemos caminado juntos hasta el paseo. Me ha parecido feo plantearle directamente lo que me rondaba la mente, y le he preguntado si tenía intención de volver a la ciudad. Me ha dicho que, además de este, tenía que visitar también otros cines. Estaba claro que no quería hablar de ello y, para cambiar de tema, se ha interesado por mis cosas: ahora que ha acabado la temporada, tendrá que tomarse un respiro... Le he dicho que no, que soy viajante, que cuando llega el invierno me dedico a vender material de ferretería, que ese es mi trabajo, mi verdadero trabajo. Mientras escuchaba, el gerente asentía con la cabeza.

Ha querido saber cuántos años llevo aquí. Cuando le he respondido que he cumplido los veinticuatro, ha girado un poco el cuello y ha fruncido los labios. Ya son años, ha añadido entonces. Le he dicho que el trabajo no es el de antes, que en sí no es cansado, pero que cada vez hay que

tragar más. Nada es como antes, me ha contestado, mientras agachaba la cabeza y chasqueaba la lengua.

Al despedirnos, mientras nos dábamos la mano, ha repetido mi nombre. Ha vuelto por el mismo camino, casi tan rápido como ha venido.

* * *

Antes de empezar a subir las escaleras que llevaban a la pérgola del hotel, el gerente se detuvo en el primer escalón para quitarse la arena de las suelas de los zapatos. En cuanto llegó arriba, sacó un pañuelo que llevaba bien doblado en el bolsillo y se secó las pequeñas gotas de sudor que tenía en la frente. Tiró del cuello de su camisa azul de punto, intentando aliviar el calor.

Se apoyó en una de las columnas de la pérgola y se puso a contemplar el mar. En el agua distinguió tres minúsculas cabezas entre las brillantes manchas doradas. En el mástil situado junto a la silla vacía del socorrista ya no había ninguna bandera. A pocos metros reposaban apiladas las tumbonas plegables de alquiler y, cerca, dos chavales marcaban en la arena con sus talones las rayas necesarias para jugar al fútbol. Una vez precisado el terreno de juego, señalaron las porterías con unas camisetas.

Cuando, desde atrás, le llegó el pitido del ferrocarril, el gerente se giró. Acababa de entrar el tren de vía estrecha. Los vagones estaban detrás del hotel, a unos cien metros. Era evidente que para construir la vieja estación habían tomado como modelo un caserío vasco idealizado. Fuera cual fuera

la hora, la sombra de los castaños de indias de los dos andenes no era muy amplia.

Al poco tiempo, el gerente vio que el tren partía. Los oscuros vagones avanzaban sin apartarse mucho de la orilla del mar, y alcanzaron el otro lado tras cruzar el puente sobre la ría.

En cuanto el tren desapareció, el gerente volvió la vista hacia los chalés del paseo. Dos de ellos tenían una piscina en su parte posterior. Sobre el agua se veían grandes hojas aún no amarilleadas del todo.

Para ir de la pérgola a la cafetería del hotel, el gerente debía atravesar la terraza. La mayoría de las mesas estaban llenas de clientes. No había ningún joven. Algunos jugaban a las cartas, y el resto, de espaldas al mar, charlaban. Parecía que las tazas y vasos que estaban sobre las mesas habían sido vaciados hacía rato. El único camarero estaba en la cafetería, de espaldas a la puerta y medio encorvado, concentrado en algo que estaba colocado bajo el televisor. El gerente se dirigió directamente al pequeño salón que había junto al amplio ventanal. El largo sofá y las dos butacas *chester* del salón estaban bastante desgastados en los brazos, y tenían pequeños desgarros aquí y allá. El gerente se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita que había entre las dos butacas, antes de frotarse los ojos.

Cuando se incorporó, el camarero se dio cuenta de que lo estaba esperando. Le pidió disculpas: ¿lleva mucho rato ahí? Y, tras lavarse las manos, se acercó al gerente. Dudó antes de pedir, pero finalmente le dijo al camarero que le trajera una caña de cerveza.

En cuanto la tuvo delante, le dio un largo trago. No apartó la mirada de la playa hasta que los sonidos interrumpidos y los altibajos de volumen que provenían del entorno de la barra le obligaron a dirigir hacia allí su atención. Del ruido de las teclas dedujo que el camarero se afanaba en conectar el aparato que estaba debajo del televisor. La imagen y el sonido duraban unos instantes y luego, de repente, se apagaban. Parecían ser fragmentos de una vieja película en blanco y negro. Al poco, cuando se asentaron del todo, el camarero las observó durante un rato con los brazos en jarras; luego volvió a encorvarse frente al aparato, y consiguió que la película avanzara y se detuviera.

Con unas monedas en la mano, el gerente se acercó hasta la barra. Pidió al camarero que le cobrara y, ya después de haber pagado, siguió, como el camarero, con la cabeza erguida y mirando las imágenes de la pantalla: Así que este es ese nuevo trasto que tanto nombran...

El camarero le dijo que sí, y le hizo saber el nombre del aparato: El vídeo.

La película no es de ahora, dijo el gerente como si hablara consigo mismo. El camarero se encogió de hombros. Le dijo que se lo habían dejado para probarlo, que no eran suyos ni el aparato ni las películas, y sacó dos cajas para que las viera el gerente. En la cubierta de la primera de ellas pudo leer *Laura*. Una breve sonrisa le alargó levemente los labios. Estuvo unos segundos con el pulgar en la sien y el resto de los dedos en la frente con la portada de la película frente a sus ojos.

Sí, esta otra, mejor para la Semana Santa, dijo el camarero tocando la segunda caja con un dedo. Cuando salió de

su ensimismamiento, el gerente pestañeó. Cogió la segunda caja. Sobre un fotograma en el que Judas besaba a Jesucristo podía leerse: *Il Vangelo secondo Matteo*. El gerente levantó la cabeza. Cuando el camarero paró la película, ocupaba la pantalla la imagen temblorosa de un hombre con sombrero vestido de negro. Era de noche y el hombre, con la cabeza vuelta hacia el cielo, estaba rodeado de copos de nieve.

Cuando la película volvió a arrancar, el gerente, para dar a entender que ya se iba, dio con los dedos un leve golpe en el mostrador. Camino a su habitación, desde el televisor le llegó una voz de hombre que decía: ¿Qué has decidido? Y luego la de una mujer que respondía: He decidido no hacerlo. Al pie de la escalera, el gerente percibió algo de brisa. La única ventana de la recepción la tenían abierta de par en par. La arena, el agua y el mar que se reflejaban en uno de los cristales eran más intensos, y se balanceaban en aquella hoja que temblaba.

20 de septiembre de 1982

El hecho de que la temporada terminara ayer me ha obligado a empezar por el Atlantic. No sé qué me encontraré de ahora en adelante, pero no quisiera tener la misma sensación que he tenido hoy tras hacer la inspección. Decir que el Atlantic está anticuado sería quedarse corto. Ha sido una sorpresa desagradable, lo que demuestra que no he estado todo lo atento que debía, porque era previsible que me encontrara algo así.